



Rafael Jijena Sánchez

Jerumbí

Venezuela

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Era Jerumbí un muchachito sumamente diminuto y avisgado; vivía en el campo en una chocita muy pobre junto con su madre y, viendo los trabajos que éste pasara para conseguir el sustento de los dos resolvió marcharse por el mundo es busca de fortuna.,

Una noche, mientras su madre dormía., se levanto y se puso en camino, anduvo hasta el amanecer y luego otros muchos días más en y muchas noches, hasta que llegó a una casita muy limpiecita en medio de un bosque inmenso y muy sombrío. Jerumbí estaba desfallecido de cansancio y hambre, apenas si había conseguido algunas frutillas silvestres, para comer durante su largo viaje.

Se acercó a la casita y llamó a la puerta; vino a abrir una viejita encorvada y de muy raro aspecto; tenía los cabellos tan blancos y ahumados que parecían de paja seca, los dedos de sus manos eran descomunadamente largos y provistos de uñas negras y crecidas y era su nariz tan encorvada que más que nariz parecía el pico de una lechuza gigantesca.

Ante la extraña figura de la vieja, Jerumbí sintió ganas de huir, pero la vieja le detuvo sonriendo y mostrándole un par de colmillo largos y amarillos.

-¿Qué quieres de mi buen hijo? Pareces desmejorado y hambriento. Pasa para que comas algo.

A Jerumbí no le quedó otro camino que penetrar en la casita, entró vió muchos niños que jugaban alegres, con juguetes bellísimos, nunca vistos por él; se quedó extasiado mirándole, hasta que la viejita vino a traerle dulces, pasteles y frutas. Jerumbí comió todo hasta hartarse. La anciana mujer le miraba siempre sonriendo.

Cuando hubo satisfecho su apetito, ella le dijo:

-Mi buen hijo, esta casa es de todos los niños y puedes quedarte en ella el tiempo que gustes. Come cuanto quieras, juega con los juguetes que desees y, cuando llegue la noche, si tienes sueño, podrás dormir en una limpia y blandita camita.

Jerumbí empezó a jugar con los otros muchachos y pronto se hizo amigo de todos ellos. Se divirtieron mucho y comieron dulces y bebieron refrescos durante todo el día, y cuando llegó la hora de dormir, la viejecita los condujo a un gran salón, en el que había innumerables camitas blancas, una para cada uno de los niños. Cuando todos se hubieron acostado, la anciana les deseó las buenas noches y apagó la luz. Luego ella se fue a la cocina y sacando de una gaveta un cuchillo gigantesco, se puso a afilarlo sobre una piedra; así que hubo terminado ese trabajo, esperó un rato y comenzó a llamar a los muchachos por su nombres.

-Titirifí, Catarafá, Aunquemás-Titirifí, Queserá-Pioñango, Pataconfú, Catarrañin, Coquín, Jerumbí.

Como los muchachos no contestaron porque estaban dormidos, la anciana mujer apagó todas las luces de la casa par que nadie pudiera ver ni averiguar nada de lo que ella pretendía hacer.

Al día siguiente, todos los muchachos se levantaron y después de bañarse y desayunar, se pusieron a jugar, como era su diaria costumbre. Jerumbí notó entonces que un niño, con quien jugara el día anterior, el de aspecto más rollizo y saludable de todos, no se encontraba entre los demás. Comunicó su observación a los otros y todos cayeron en cuenta entonces de que desapariciones como aquellas venían ocurriendo todos los días. Los muchachos entraron en sospecha y resolvieron investigar lo que ocurría.

Aquella noche todos se acostaron, pero ninguno de ellos se proponía dormir. Después que la viejecita apagó la luz y hubo salido comenzaron a escuchar el ruido que hacía el cuchillo al ser frotado contra la piedra.

Jerumbí se levantó y se fue muy despaciosamente a ver lo que pasaba. Pronto volvió y contó a los demás.

Todos llenos de espanto, se imaginaron lo que la vieja se proponía hacer con el cuchillo. Los niños más pequeños empezaron a llorar desesperados. Jerumbí los calmó y propuso a sus compañeros:

-Muchachos: esta vieja es una bruja malvada. Marchémonos antes que haga con nosotros lo que ha hecho con los anteriores muchachos.

El ruido del cuchillo sobre la piedra había cesado de sonar y se escuchó ahora la voz de la vieja:

-Titirifí, Catarafá, Aunquemás-Titirifí, Queserá-Pioñango, Pataconfú, Catarrañin, Catarraña, Coquín, Jerumbí.

-¡Nos llama para saber si estamos dormidos! –dijo Jerumbí-. Contestémosles todos.

Y los muchachos, a una, respondieron gritando:

-¿Qué quieres mamita?

-¿Por qué no duermen?

-Porque no tenemos sueño.

Inmediatamente empezaron a prepararse para la fuga; amontonaron almohadas y colchones bajo una ventana y ya habían saltado fuera casi todos cuando volvió a escucharse la voz de la vieja:

-Titirifí, Catarafá, Aunquemás-Titirifí, Queserá-Pioñango, Pataconfú, Catarrañin, Catarraña, Coquín, Jerumbí.

Todos los niños estaban ya fuera de la casa y desde allí respondieron:

-¿Qué quieres mamita?

Los voces llegaron un poco apagadas, por la distancia y ésta pensó: “Hablan ya más quedo; es que se deben estar durmiendo.”

-¿Por qué no duermen?

Y los muchachos alejándose ya, contestaron:

-Porque no tenemos sueño.

-¡Aja! –murmuró la vieja llena de satisfacción-. Ya están casi dormidos apenas se los oye.

Los niños continuaron avanzando apresuradamente, mientras tanto la vieja se puso a esperar un rato más.

Luego volvió a llamar soltando de nuevo la retahíla de nombres.

Lejos, en medio del silencio del campo y entre la oscuridad de la noche, los muchachos escucharon la voz de la bruja. A todos pulmón gritaron y, sin embargo, sus voces llegaron apenas perceptibles hasta la casita.

Y una y otra vez más volvió la vieja a llamar y los muchachos a contestarle. Al fin, comenzó a entrar la madrugada y a su luz, los niños pudieron ver mejor el camino y avanzar más a prisa.

Marchando iban, cuando escucharon gemir débilmente una vocecita; alguien se lamentaba por esos contornos.

Todos los muchachos se pusieron a buscar y al fin, encontraron un repugnante lagarto negro y de cabeza aplastada que trataba de alcanzar, para devorarla, una pobre mariposita que se había enredado entre las yerbas.

Jerumbí dio un puntapié al feo lagarto, el cual salió rodando como una pelota y chocando contra una piedra estalló produciendo un tremendo estampido y disolviéndose una negra bocanada de humo. Los niños se llenaron de asombro; y más aún, cuando vieron que la mariposa comenzaba a crecer y tomar extraña forma hasta convertirse en una hermosa

joven. Todos la miraban con la boca abierta; era bellísima, y de mariposa no conservaba sino el brillante colorido de su atavío.

-Me has salvado la vida –habló, dirigiéndose a Jerumbí-. Soy el hada de estos campos, y el lagarto que me acosaba es un brujo terrible, mi mayor enemigo. En premio a lo que has hecho por mí, quiero hacerte un pequeño obsequio.

Y entregó la muchacho un bollo de hilo, un espejito y una extraña piedrecilla color rojizo. El hada agregó:

-Si te ves perseguido, sólo tienes que arrojar una de esas cosas detrás de ti, y el enemigo quedará detenido.

Jerumbí se puso a examinar lo que le había regalado el hada y cuando alzó la vista, ya ella había desaparecido; sólo quedaba un tenue polvillo dorado flotando en el aire.

A todas éstas la bruja, habiendo llamado por última vez a los muchachos y no obteniendo respuesta, entró al dormitorio con su largo cuchillo. Al no encontrar a nadie se puso furiosa y, montando en su escoba salió, salió disparada por los aires, en persecución de ellos. Voló mucho, hasta que por fin, los distinguió a lo lejos, marchando en fila por la orilla del bosque. La infernal vieja lanzó un alarido de amenaza, y los niños se detuvieron pavorizados. Jerumbí sin perder tiempo, tiró al suelo el bollo de hilo que le había dado el hada y, al momento, entre ellos y la bruja creció una maraña de bejucos que se elevó hasta llegar al cielo.

La bruja gritó enfurecida y se puso a roer con sus largos colmillos la muralla vegetal; mientras tanto los chicos continuaron andando y, sólo cuando hubieron adelantado un día más de camino, fue cuando ella pudo abrirse un túnel a través de los bejucos y salir al otro lado.

De nuevo los niños se vieron casi alcanzados, pero otra vez los regalos del hada hicieron el milagro; el espejito abrió detrás de los fugitivos un inmenso y profundo lago.

La vieja, indignada, pateó y maldijo mil veces; ella no sabía nadar y si se lanzaba perecería ahogada, por eso se puso a beber a la orilla del lago para secarlo, lo cual no consiguió sino al cabo de muchas horas; entonces pudo pasar, pero los niños habían adelantado mucho camino. Maltrecha y derrengada la bruja, corrió con gran dificultad, pues ya no podía volar de lo cansada que estaba.

Los muchachos la vieron venir arrastrándose y a veces dando grandes saltos; cuando la tuvieron cerca Jerumbí arrojó al suelo la extraña pieza de color rojizo. De la tierra brotó al instante una inmensa pared de fuego, cuyas llamas enormes llegaban a las nubes. Ante semejante obstáculo la vieja no se amilanó; gritando una imprecación horrenda, hizo un supremo esfuerzo y se elevó zarandeándose por los aires. Subió, subió mucho para poder superar la altura de las llamas pero, cuando ya iba trasponiendo el terrible infierno, le faltaron las fuerzas y cayó carbonizada dentro del fuego.

Los muchachos respiraron tranquilos y siguieron andando. Jerumbí los llevó a cada uno a la casa de sus padres y éstos, agradecidos, le dieron muchos regalos y dinero para él y para su madre, que ya nunca más sufría de pobreza ni volvería a separarse de su hijo.

Y colorín colorao este cuento se ha acabado.

Seleccionado para los niños por Rafael Jijena Sánchez

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

